

Inmigración y nuestra dignidad fundamental

Una reflexión pastoral del obispo de la Diócesis de Arlington, monseñor Paul S. Loverde

Como pastor de una iglesia diocesana, incrementada y renovada con la presencia de muchos de nuestros hermanos y hermanas en Cristo quienes vinieron de otras tierras y otras culturas, tuve la satisfacción de asistir a una reciente conferencia centrada en las enseñanzas de la Iglesia sobre la inmigración. La reunión estuvo patrocinada por la Comisión Diocesana para la Paz y Justicia. La conferencia promovió conversaciones, testimonios y diálogo. Resumiendo ese día de actividades, deseo compartir con ustedes, miembros de la Diócesis de Arlington, algunas de las enseñanzas de nuestro Salvador sobre la “bienvenida al extranjero”.

Como hijo de un inmigrante, estoy profundamente consciente del debate en nuestra sociedad sobre la inmigración. Mi padre Paul Loverde emigró de Sicilia a esta nación a sus 18 años, tras la Primera Guerra Mundial. Después de una corta permanencia en Búfalo pasó a trabajar en una fábrica textil de Nueva York y posteriormente en Connecticut. Después conoció a la que sería mi madre, que trabajaba en la misma factoría textil. Ellos ayudaron como mejor pudieron a sus padres en Sicilia.

Si mi padre viviera hoy le preguntaría qué piensa él del actual debate que rodea al tema de la inmigración. El, probablemente, recordaría los desafíos que enfrentó al desembarcar como un joven italiano, sólo en esta nación, en busca de una mejor vida y llevando nada más que su maleta. El recordaría, probablemente, la primera parroquia que le acogió donde los inmigrantes italianos eran bienvenidos, pero en el marco de aquellos tiempos donde las misas en italiano y latín se celebraban en el sótano del templo.

Hoy, unos 80 años después, ¿los inmigrantes encuentran en nuestras comunidades y templos una auténtica “cultura de bienvenida” fundada en los principios de Jesús de acoger al forastero? ¿O ellos están todavía relegados al sótano del templo?.

El Libro de los Proverbios nos insta a “no remover las antiguas señales que colocaron nuestros padres” (22-28). La palabra hebrea “marca” tiene ahora la connotación de “guía” o “tratamiento de un tema”. Estos fueron literalmente los fundamentos, colocados con rudeza, para guiar a los israelitas. De forma parecida el Señor instituyó señales para su Pueblo Escogido como guía en sus relaciones con El, estos incluyen al Torah (Antiguo Testamento o la Ley) y el Sabath (día de descanso).

Yo ofrezco ahora tres referencias, enraizadas en las enseñanzas de la Iglesia sobre la Justicia Social para nuestra reflexión sobre la inmigración. En Virginia, como en otras partes, el Congreso fracasó en los pasados años en legislar una nueva y amplia reforma del ineficiente sistema de inmigración, que ha provocado divergentes reacciones entre legisladores y gobiernos locales.

I. Dignidad de la Persona Humana

Un primera reflexión: ¿Nuestra actitud en el actual debate sobre el tema inmigratorio y alguna legislación propuesta, respeta la dignidad humana de todas las personas? La proposición de cada institución amenaza o mejora la dignidad de la persona humana. Toda persona creada a imagen y semejanza de Dios posee una intrínseca dignidad. Esta convicción sobre los valores fundamentales de la persona humana se mantienen sólidos en el corazón de la Iglesia en relación al aborto, clonación, la institución del matrimonio y otros temas, incluyendo la reforma inmigratoria. Antes que Jesús ordenara la “acogida al forastero” y al menos cuidado de éste, el Señor instruyó a su Pueblo Escogido en las Escrituras Hebreas el respeto y la honra al extranjero.

Como aclaración, toda nación tiene el derecho y aún la grave responsabilidad de asegurar sus fronteras y que las normas y leyes deben ser respetadas. Pero nosotros debemos evaluar cada ley y política, si ésta promueve o amenaza la dignidad humana. Cuando una nación próspera fracasa en su sistema de inmigración de facilitar oportunidades a aquellos que están atrapados en una inviable situación, nosotros debemos preguntarnos si tal sistema pone en verdad en primer lugar la dignidad humana. La Política de Inmigración debería ser justa, más humana y dirigida hacia la familia. Nosotros debemos ir más allá de la simple aplicación (de la ley), centrándonos en identificar los orígenes que causan la inmigración.

II La familia

Segundo, ¿Nuestra actitud en el actual debate sobre el tema inmigratorio y una propuesta legislación, respeta la familia, el cimiento sobre el que se asientan nuestra sociedad? La importancia de la familia debe ser preponderante en nuestro pensamiento. El Papa Benedicto XVI señaló a la “familia inmigrante” como tema en este año dedicado al Día Mundial del Inmigrante y Refugiado y escribió: “La Iglesia busca subrayar nuevamente su compromiso no sólo con el inmigrante individual sino también con su familia, la cual es sitio y fuente de la cultura de vida y factor para la integración de los valores” (2). Las familias deberían estar juntas tanto como sea posible. Una familia separada es una familia debilitada y como consecuencia una sociedad debilitada. La actual política nacional de inmigración requiere que los ciudadanos estadounidenses, los residentes permanentes, esperen por varios años una visa que les permita reunirse con sus seres queridos; esta práctica es contraria a la familia.

III Preocupación Pastoral

Tercero, finalmente, esta parte va especialmente dirigida al clero. ¿Estamos haciendo todo lo posible para satisfacer las aspiraciones espirituales de nuestros hermanos y hermanas católicos inmigrantes?

Actualmente los debates sobre la inmigración parecen centrarse en quienes vinieron a Estados Unidos desde México, Centro y Sur América. Permítanme, por esto, hablar particularmente sobre nuestros hermanos y hermanas latinos que no están en la

sombra, de aquellos que son legales, residentes permanentes o tengan el Estatuto de Protección Temporal (TPS. Como dijo recientemente el arzobispo Agostino Marchetto, Secretario del Consejo Pontificio para la Atención Pastoral de los Inmigrantes y Pueblos Itinerantes, “Hay inmigrantes en una situación irregular, quienes a pesar de su situación legal, tienen una inalienable dignidad humana”.

Nuestras parroquias están abiertas a nuestros hermanos y hermanas latinos. Repito las palabras del papa Juan Pablo II quien nos recordó que “los miembros de una comunidad católica no están clasificados por la nacionalidad, por su origen social o étnico, lo están esencialmente por su fe en Jesucristo y el bautismo en el nombre del Padre, Hijo y Espíritu Santo” (3). La mitad de nuestras 68 parroquias, diseminadas en 21 condados a través del Norte de Virginia, ofrecen misas en español. Sólo por citar algunas facetas del ministerio, más de 41 parroquias promueven programas para jóvenes latinos. El Hogar Hispano, Caridades Católicas, los Servicios de Inmigración de la Diócesis de Arlington, ayudaron sólo el año pasado a más de 350 personas con el Estatuto de Protección Temporal. Muchas otras parroquias disponen de otros servicios como las clases de ESL, asistencia médica, clases para la ciudadanía. El Apostolado Hispano, nuestras oficinas de Ministerio Multicultural, Servicios de Migración y Refugiados, Caridades Católicas, Respeto a la Vida, Vida Familiar y también la Conferencia Católica de Virginia, junto a nuestras parroquias, batallan diariamente sobre la grave realidad del actual sistema inmigratorio deficiente, ayudan a las familias separadas y a aquellos que necesitan atención humana. Pero siempre hay algo más que podemos hacer, los programas gubernamentales deberían estar orientados para ayudar y no obstaculizar estos esfuerzos.

Conclusión

Hay muchos hombre y mujeres, muchos entre sus diez y veinte años de edad, como mi padre lo fue en 1920, que llegan a nuestras comunidades sin nada más que una maleta. Ellos trabajan largas jornadas, a veces encuentras desentendidos, aún hostilidad en su vecindad y comunidades, experimentan la nostalgia de su familia lejana. Cualquiera que sea su situación legal, en lo que estamos de acuerdo es que ellos poseen una dignidad fundamental, por lo que la Iglesia los acoge con las puertas abiertas.

Mi padre no estuvo solo cuando vino a esta nación, él y mi madre encontraron en la Iglesia un refugio. La Iglesia fue para ellos, tal como son los 68 templos y seis misiones de la Diócesis, un lugar abierto para los inmigrantes. Después de todo, como miembros de la Iglesia estamos llamados a ser “la presencia viva de Jesucristo en el mundo”, El es el Buen Pastor, la comprensión y solidaridad que El nos dá debe ser, en reciprocidad, la manera como debemos tratar a nuestros hermanos y hermanas inmigrantes.

Seguridad y la regla de la Ley son esenciales, pero también es fundamental que la política de inmigración refleje los principios que todos los hermanos y hermanas son una familia de Dios. Por esto me uno a mis hermanos obispos en el llamado para que la política inmigratoria sea más generosa, más humana y esté orientada hacia la familia.

Bendito el papa Juan XXIII que urgió en el Concilio Vaticano Segundo a examinar los “signos de los tiempos” a la luz del Evangelio. Como el papa Benedicto XVI dijo recientemente: “uno de los signos ineludibles de los tiempos actuales es la indudable inmigración” (4). Cómo tratamos al inmigrante es un signo de nuestras profundas convicciones sobre la dignidad humana, la familia y la pastoral atención a todos los hijos de Dios. Mi oración y esperanza, como católico, se orientan a fortalecer aún más estas convicciones para que nuestra Diócesis pueda ser identificada más y más por la “cultura de la buena cogida”.

Octubre 2007

Si Ud. desea recibir regularmente mensajes electrónicos (e mail) de alerta e información actualizada sobre la legislación de la Asamblea General de Virginia y del Congreso de los Estados Unidos sobre la reforma inmigratoria y otros temas relacionados a la dignidad humana, por favor visite el portal de la Conferencia Católica de Virginia (www.vacatholic.org), aprete JOIN THE NETWORK y llene el formulario disponible. Más información sobre la enseñanza de la Iglesia Católica sobre la inmigración puede encontrarla en www.justiceforimmigrants.org.

1. Discurso del cardenal Renato Martino, presidente de la Consejo Pontificio para Inmigrantes y Viajeros, septiembre, 2007.
2. Papa Benedicto XVI, mensaje por el Día Mundial de los Migrantes y Refugiados, 2007.
3. Papa Juan Pablo II, mensaje por el Día Mundial de los Migrantes y Refugiados, 2003.
4. Papa Benedicto XVI, mensaje por el Día Mundial de los Migrantes y Refugiados. 2006